AURELIO GARCÍA CANTALAPIEDRA, CRONISTA DE LA CULTURA CÁNTABRA DEL MEDIO SIGLO

Conocí a Pity García Cantalapiedra en el mes de diciembre de 1945 en la Cervecería «La Mundial», lugar donde los escritores que colaboraban en las páginas de la revista *Proel* se reunían las tardes de los domingos y las fiestas de guardar. A Julio Maruri, puntual contertulio, le había pedido, en más de una ocasión, que me llevara algún día. Sentía una enfermiza curiosidad por saber de qué cosas podían hablar los escritores en sus tertulias. Ya tenía entonces 17 años cumplidos, pero Maruri –nos habíamos conocido la primavera del 44– opinaba que podía resultar muy negativo que un adolescente como yo, «en proceso poético de iniciación, cayera, así, de pronto», sin estar aleccionado debidamente, en el peligrosísimo escenario de las tertulias literarias. «Tu juvenil sensibilidad pudiera resultar dañada –me advertía–. No seas impaciente, te llevaré ala tertulia cuando tu sensibilidad creadora haya madurado lo suficiente». Yo no sabía lo que era eso.

Y esta madurez sucedió pocos meses después, a final de año, cuando Maruri publica su primer libro: *Las aves y los niños.* Me llevó a la tertulia de «La Mundial» y me presentó con cierta solemnidad: «Aquí tenéis a Manolín Arce, un joven y delicado poeta». Estaban allí Ricardo Gullón, Ignacio Aguilera, Carlos Salomón, Enrique Sordo, Carlos Nieto, Marcelo Arroita-Jáuregui, Leopoldo Rodríguez Alcalde, el pintor Miguel Vázquez, el escultor José Villalobos y un desconocido junto a quien me senté. Los contertulios me miraron, no sin cierta curiosidad, y –¡por suerte para mí!– siguieron discutiendo sobre un tal Faulkner.

El desconocido junto a quien me había sentado se presentó afectuoso: «Me llamo Pity García Cantalapiedra». Y añadió algo que me dejó perplejo: «Maruri ya nos había hablado de ti». Luego me preguntó, solícito: «¿Conoces algo de

Faulkner?». Negué con la cabeza. «Te conviene leer a ese autor. Es muy importante. Te dejaré *Santuario*». Fue de este modo cómo Pity Cantalapiedra me descubre aquel día no sólo la existencia de William Faulkner, sino quien además me aconseja –por primera vez– el libro que inmediatamente tenía que leer: uno que nuestro contertulio Ricardo Gullón acababa de publicar sobre los novelistas ingleses contemporáneos.

A partir de esa tarde, la tertulia de «La Mundial» (una cervecería instalada en los pabellones levantados, después del incendio del 41, en la calle de Somorrostro), se transformó en una sugestiva aula magna. Una cátedra a la que asistía como adicto oyente. Un aula en la que Pity Cantalapiedra, a sus veinticinco años, oficiaba de maestro informador. De asesor literario.

Todos los domingos y fiestas de guardar Cantalapiedra se desplazaba desde Torrelavega a Santander portando bajo el brazo, aparte del libro que estuviera leyendo, un ejemplar de la revista *Destino*, el semanario barcelonés que los duendecillos del distribuidor permitían su llegada a Torrelavega pero no a los quioscos de Santander. Un semanario que pasaba por las manos de cada contertulio y en el que a veces colaboraba Gullón. La novia de Pity era de Santander. Y cuando a las seis de la tarde la tertulia de «La Mundial» se levantaba, ambos hacíamos juntos un obligado recorrido al encuentro de nuestras novias: Pity al encuentro con Rosa. Y yo, con Teresa.

La entrega de Aurelio García Cantalapiedra al mundo cultural y artístico de Cantabria fue siempre encomiable. Además era un hombre lleno de ideas y de proyectos. En aquellos años yo estaba descubriendo a los poetas la Generación del 27, y Pity me hablaba de ellos como si le hubiera conocido a todos personalmente. Me dejó libros de Salinas, de Neruda y de Luis Cernuda. Autores imposibles de encontrar en las librerías y totalmente prohibidos por la Censura. Dos semanas después de conocernos, me dijo: «Debes leer el último libro de Aleixandre, *Sombra del paraíso*». El libro estaba expuesto en el escaparate de la «Librería Moderna». Era una edición de lujo. Costaba 20 pesetas. Teresa me dijo: «Te lo regalaré». Y el 1 de enero de 1946, fecha mi onomástica, la obra de Aleixandre llegó a mis manos. No conocía nada del poeta. Este descubrimiento de Pity fue muy importante para mí. Tan importante que, al amparo de una carta de presentación que Julio Maruri le escribió a Aleixandre, en el mes de abril hice un viaje a Madrid exclusivamente para conocerle.

Aquel primer encuentro con Vicente Aleixandre en el jardincillo de Velintonia, bajo el cedro joven, fue inolvidable. Me dedicó el ejemplar ya dedicado

amorosamente por Teresa: «A Manuel Arce, esta segunda dedicatoria, ahora del poeta, con el deseo de ver cuajar a su joven compañero, y el cariñoso presentimiento de amistad. Vicente Aleixandre, Madrid, 16 de abril de 1946».

El encuentro en Velintonia con Aleixandre aún fortaleció más la necesidad –compartida con varios jóvenes y tan inéditos poetas como yo– de editar una nueva y juvenil revista poética. También Pity Cantalapiedra soñaba con proyectos similares. Sin embardo mi osadía fue mayor que la suya, y en mayo de 1948, con la impresión financiada inicialmente por los heimanos Bedia –acababan de comprar una Boston de mano– se publicó el primer número de *La Isla de los Ratones,* que Vicente Aleixandre apadrinaba con un prólogo titulado: «Una revista en otro núcleo ardido». Naturalmente recurrí a los buenos oficios de Pity Cantalapiedra, y obtuve muy positivas respuestas: aliento para superar el empeño económico –tenía 20 años y ganaba 25 pesetas a la semana– e inestimables consejos para enfrentarse a la persistente negativa de la administración franquista en autorizar su publicación. Y aún más importante: Pity me ayudó a conseguir los primeros quince suscriptores. É1 fue el suscriptor número uno de *La Isla.* También fue quien me puso en contacto con algunos de los poetas colaboradores de ese primer número de la revista. Poetas en los que también quienes él venia pensando como futuros autores de su soñada aventura editorial.

Fue el dibujo infantil de uno de sus hijos quien le sugiere a Pity Cantalapiedra el título para la primera de sus aventuras editoriales: *Tito Hombre.* Va a contar con el apoyo de su amigo de Víctor Fernández Corugedo, y entre 1951 y 1954 publican 17 obras entre las que se encuentran títulos de autores como Carlos Salomón, Pedro Caba, Jorge Campos, José Hierro, Joaquín de Entrambasaguas, Gerardo Diego, Ricardo Blasco... El libro que puso punto final a la colección *Tito Hombre,* fue el titulado *La poesía de Luis Cernuda*, de Ricardo Gullón, prohibido por la censura del régimen franquista cuando ya estaba impreso. Otro título anunciado que tampoco logró editarse fue el número 19: *Cuba y su Independencia en la obra de Juan Valera.*

La segunda aventura editorial de Pity Cantalapiedra nace de una propuesta que le hace Pablo Beltrán de Heredia: una colección cuyo título ya estaba elegido: «Ediciones Libres». Beltrán de Heredia lo tenía todo estudiado: autores y formato. Incluso el escultor Ángel Ferrant, interpretando la motivación del sugestivo título, había compuesto un logotipo protagonizado por dos gaviotas surcando libremente el cielo de una media esfera terrestre vista a través de unos barrotes enrejados. Naturalmente Pity Cantalapiedra se negó a tan

gratuito y buscado riesgo. Y, finalmente, la colección apareció con el nombre de «Cantalapiedra».

En ella se publicaron libros como *Los muertos*, de José Luis Hidalgo –la segunda edición– ; *País de la Esperanza*, de Rafael Montesinos; *Pido la Paz y la Palabra*, de Blas de Otero; *Conjuros*, de Claudio Rodríguez; *Metropolitano*, de Carlos Barral; e incluso, ya en 1959, una edición del *Empédocles* de F. Hdlderling en versión y epílogo de Carmen Bravo Villasante.

Una vez desaparecida la colección «Cantalapiedra», su editor empleará ese mismo sello editorial para dar cobertura de distribución a un ambicioso proyecto editorial dirigido por Pablo Beltrán de Heredia: una colección de libros destinada al mercado de la bibliofilia donde verán la luz tres títulos: la *Antología Poética de José Hierro*, (octubre de 1953); la *Obra Poética de Julio Maruri*, (abril de 1957), y *Los Encuentros de Vicente Aleixandre*, (diciembre de 1959). Están impresos en papel de hilo verjurado Guarro. La tirada es de 100 ejemplares firmados y numerados por el autor, y llevan el nombre del suscriptor impreso.

Otra gran aportación de Cantalapiedra fue su gran labor como director de la magnífica revista *Peñalabra* /1971-1989/, acaso la más bella revista poética publicada nunca en España. Revista editada a lo largo de los quince años en los que Cantalapiedra estuvo al frente de la Fundación Santillana. Una lujosa publicación que dedicó importantes números monográficos a poetas como Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego, Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, José Hierro, a la Generación del 27; o a revistas como *Proel*, o *La Isla de los Ratones.*

Más la gran aportación de Pity Cantalapiedra a la historia del mundo cultural y artístico de Cantabria, sin duda la encontraremos en su libro *Desde el borde de la memoria*, obra que dedica *in memoriam* a Ricardo Gullón, como el gran amigo que fue de todos nosotros. Cuanto sucede en la Cantabria del medio siglo se encuentra inventariado en estas páginas. «Que soy de parte de ello buen testigo»: con este endecasílabo de Alonso Ercilla tomado de *La Araucaria*, y puesto de cita en la primera página del libro *Desde el borde de la memoria,* se instala Aurelio García Cantalapiedra como fedatario excepcional en el escenario cultural de aquel Santander de posguerra que empieza a despertar en los años cuarenta. Buen testigo, no, fue protagonista de los hechos y de la vida que retrata. El autor de *Desde el borde de la memoria* era algo más que un fedatario de la historia que le tocó vivir. Era nuestro gran amigo. Fue nuestro más generoso amigo.

MANUEL ARCE
SANTANDER